

## La cumbre de Bahía

# La salvación de la originalidad

**JULIÁN  
MARIAS**

**U**no de los motivos que me impulsaron a escribir *España inteligible*, acaso el principal, fue la evidencia de que se había pasado por alto una y otra vez la originalidad de España. Los demás europeos, que en un primer momento la adivinaron, perdieron pronto su impresión de que era algo nuevo y distinto, se extinguió su curiosidad y dieron por supuesto que la nación española era como las demás, y al advertir, a pesar de ello, ciertas diferencias insuperables, las interpretaron como deficiencias e inferioridades o como anomalías. Esta manera de ver las cosas impregnó a muchos españoles y ha sido una de las causas más pertinaces de que España no sea bien entendida y de que no se tome posesión plena de su realidad.

*«No es de extrañar que esa comunidad de pueblos hispánicos o hispanizados, o ibéricos si se prefiere, presente también rasgos que la distinguen de otras agrupaciones humanas y le confieren una originalidad que tampoco se suele advertir y que, por consiguiente, no se convierte en una de sus más valiosas posibilidades.»*

**L**a presión de las ideas recibidas y no puestas a prueba es incalculable. No sólo se acepta lo que se propone como modelo, sino que se imita, con lo cual la realidad auténtica se deforma para que se ajuste a ese modelo tomado como válido. Sería iluminador un catálogo de las imitaciones españolas, de las falsas formas que se han ido superponiendo a su realidad efectiva y que han acabado por incorporarse y servir de pautas para su interpretación. Lo más grave es que estas deformaciones han encubierto lo que España ha tenido y tiene de *común* con el resto de Europa, lo que ha contribuido a crear. Dicho con otras palabras, se ha esforzado en recibir como «préstamo» y por vía de imitación lo que era rigurosamente *suyo* y en muchos casos invención propia.

La busca de la originalidad me parece funesta, y creo que ha sido devastadora desde hace algo más de un siglo, especialmente en las artes; pero el olvido de lo que es originalidad es igualmente pernicioso, porque envuelve una falsificación. Hay que vivir *desde ella*, dejándola ser, con la mayor espontaneidad posible, sin estar bizqueando hacia otras formas ajenas, añadiendo lo que es peculiar al torso de determinaciones que son comunes con otros, y a última hora con todos los humanos.

**C**uando se redactó la presente Constitución española me preocupó –y así lo dije con la mayor energía– la hostilidad que se mostró a toda originalidad, la tendencia a imitar las formas políticas de otros pueblos, sin permitir que manase lo que era propio de España y se ajustaba a su peculiaridad. Recuerdo que se planteó la grotesca cuestión de si en la legislación debería dibujarse la figura de «un rey árabe» o «un rey escandinavo»; contesté que había que trazar la de «un rey español de fines del siglo XX», el cual, por supuesto, sería europeo, pero a la manera española, teniendo en cuenta la condición propia de España, nació *transeuropea*, a diferencia de las que son meramente *intraeuropeas*.

**R**ecuerdo que en los primeros días de la República, creo que todavía en abril de 1931, Ortega lanzó una consigna: «No imitar». La verdad es que apenas se hizo otra cosa, con las consecuencias que sabemos. A fines de 1975, recién establecida la Monarquía, reclamé el derecho a la originalidad, mejor dicho, el deber de respetarla y dejarla fluir libremente; me impresionó la reacción hostil que ello provocó, incluso entre personas por lo demás muy estimables y valiosas. Salvar la originalidad es lo contrario de buscarla; es dejarla vivir y desplegarse por sí misma.

No es de extrañar que esa comunidad de pueblos hispánicos o hispanizados, o ibéricos si se prefiere, presente también rasgos que la distinguen de otras agrupaciones humanas y le confieren una originalidad que tampoco se suele advertir y que, por consiguiente, no se convierte en una de sus más valiosas posibilidades.

**L**a razón principal es que España *como tal* se proyectó en América, llevando a ella su realidad íntegra. No se trató, como he dicho antes, de empresas estatales de ocupación de territorios y dominio de ellos; tampoco fue el *trasplante* de sociedades europeas que se establecieran en otro suelo para reproducir en él las formas propias, sin más relación que la geográfica o económica con las tierras donde se habían instalado. España llevó a América lo que era, lo que estimaba, lo que le parecía valioso, y con ello, por supuesto, sus defectos, sus errores, sus pasiones buenas o malas; pero no lo llevó a un continente vacío o con poblaciones que fuesen sólo un estorbo que había que apartar, sino que lo *aportó* a ese mundo, a sus habitantes, *para ellos*. Por esto uso el concepto de *injerto*, que me parece insustituible.

La lengua, la religión, las costumbres, el sentido personal de la vida, cris-

*«La lengua, la religión, las costumbres, el sentido personal de la vida, cristiano y europeo, las formas familiares, las normas urbanas, las artes, y luego el teatro, las romerías, las procesiones, hasta las corridas de toros, y los ayuntamientos, la Monarquía, como vínculo de unidad; todo fue pasando a América.»*



tiano y europeo, las formas familiares, las normas urbanas, adaptadas a los diferentes climas, las plazas mayores como órganos de convivencia, como lugares de conversación, admiración, murmuración, comercio o cortejo; las artes, y luego el teatro, las romerías, las procesiones, hasta las corridas de toros, y los ayuntamientos, las leyes transformadas para adaptarse a las Indias; la Monarquía, como vínculo de unidad; todo fue pasando a América, refrendado por la más profunda realidad del mestizaje.

Cuando los países del continente americano alcanzaron su independencia no les fue posible eliminar su condición hispánica, porque se hubieran quedado vacíos, sin contenido; el elemento español estaba inserto en lo más íntimo de su realidad; hablaban en español, vivían en español, hacían —a su manera, de diversas maneras— los gestos vitales que habían recibido de España, que habían asimilado creadoramente, fundiéndolos con la realidad que antes poseían.

Esto tuvo la consecuencia de que los países americanos de estirpe española eran sumamente *parecidos*, a pesar de sus diferencias originarias, de haberse constituido en distintas épocas y, sobre todo, de haber tenido muy escasa relación entre sí. Compárese su situación con la de los países colonizados en diversos continentes por otras naciones europeas: no tiene nada que ver *entre sí*. Contienen elementos de la nación colonizadora, pero han sido relativamente abstractos, no han configurado las realidades sociales preexistentes. Cuando no las había o han quedado al margen, sin fundirse con lo europeo, hay la semejanza de las sociedades puramente europeas en otros continentes; así podemos encontrarlas entre los Estados Unidos y el Canadá, o Australia, por ejemplo, o entre Francia y Quebec. Pero ninguna puede encontrarse entre estos países y los de Asia o África que han recibido el influjo inglés o francés, salvo los elementos aislados: la lengua —exclusivamente para ciertas minorías—, algunas comunidades cristianas que no son la religión de los países, recursos técnicos o normas de administración.

«La comunidad hispánica es ante todo una comunidad 'humana'; son las formas de la vida las que son comunes, inextricablemente unidas, entrelazadas en un conjunto unitario. Esto es lo que se han encontrado los países hispanoamericanos, lo que a veces han interpretado falsamente, olvidando el fundamento de esa unidad con la que inevitablemente tropiezan.»

La comunidad hispánica es ante todo una comunidad *humana*: son las formas de la vida las que son comunes, inextricablemente unidas, entrelazadas en un conjunto unitario. Esto es lo que se han encontrado los países hispanoamericanos, lo que a veces han interpretado falsamente, olvidando el fundamento de esa unidad con la que inevitablemente tropiezan.

Ha existido una tentación —cuidadosamente fomentada por diversos intereses— consistente en dar por supuesta esa unidad sin preguntarse de dónde viene ni extraer las consecuencias. La tentación paralela en España es relegar la vinculación con América a la historia, y mirarse como una nación europea *sin más*; es europea tanto como cualquiera

otra, pero con más, con mucho más, y en eso consiste su originalidad propia. Y no se olvide que no hay nada más esterilizador que la falsificación.

La comunidad que nos interesa no es, no puede ser una mera asociación de pueblos, menos aún de gobiernos, para seguir una política que persiga ciertas conveniencias o busque el influjo que da la unidad. Esto puede ser valioso e interesante, pero no tendrá eficacia más que si se funda en los principios que le dan vida. Es una comunidad *involuntaria*, existente aunque no se quiera, que no se puede extirpar más que al precio de una mutilación de porciones esenciales de cada uno de los hombres. Por eso decía que es una comunidad *humana*, en el sentido de que es ingrediente de cada uno de nosotros. No creo que esta situación tenga equivalente en el mundo.

El peligro más grave de todos los que se ciernen sobre esa originalidad es el de los que quieren destruir lo que ha sido la realidad de América durante medio milenio. Es decir, que intentan borrar la historia, arrancar a esta porción del continente a su incorporación a la cultura occidental, devolverla a un estado primitivo, fraccionado y, en muchos casos, a la edad de piedra. Ante la pasividad de muchos hispanoamericanos y de no pocos españoles, con la activa cooperación de algunos, se quiere que desaparezca la lengua común, una de las pocas lenguas universales, para sustituirla por innumerables lenguas que devolverían América al estado de Babel. Por supuesto, se propone la extirpación del cristianismo para volver a religiones primitivas y desaparecidas, no sé si con inclusión de los sacrificios humanos. Se habla, claro está, en nombre de los indios, a los que se invita a no completar su incorporación al nivel del siglo XX, de la libertad y la capacidad de decisión, para asegurar así su manejo. En lugar de preguntarse por qué, tras más de siglo y medio de independencia, quedan restos que están por debajo del nivel a que tienen derecho, y procurar remediarlo con la eficacia exigida, se prefiere asegurar su carácter inerme, que permite todas las manipulaciones.

En algunos casos, la ofensiva contra los elementos originales es más selectiva. La hostilidad al cristianismo es uno de sus motivos. Algún escritor ilustre ha dicho que la colonización fue «humillante», pero mucho más la evangelización. Una vasta porción del mundo tiene como bandera política –hoy en crisis interna– la irreligión en todas sus formas, y ante todo la descristianización, y no es de extrañar que se aplique a los países de América.

Otro factor es la hostilidad a Occidente, que se ha intentado difundir en los países hispanoamericanos. Lo único que se ocurre es que en los últimos tiempos resulta problemático a favor de quién puede aplicarse, cuando los que han profesado la enemistad a los principios occidenta-

*«Los riesgos que pueden poner en peligro la comunidad hispánica no son pocos; la acechan desde zonas muy diversas, por motivos muy diferentes, con propósitos que nada tienen que ver entre sí, pero que son convergentes. Ahora bien, el afianzamiento de esa comunidad es decisivo para su prosperidad y estabilidad a la vez, para que tenga un porvenir abierto.»*

cincuenta millones de habitantes. Si se tiene en cuenta que la natalidad es muy alta en Hispanoamérica, la mortalidad baja –pues aunque hay intentos tendenciosos de relegarla a lo que se llama «tercer mundo», su nivel no está lejos del de Europa o los Estados Unidos–, hay que calcular en el futuro un fuerte incremento, mientras que en el resto de los países occidentales se corre el peligro de una despoblación por el descenso de los nacimientos, complicado con la práctica del aborto.

**P**ero no es sólo la magnitud lo que cuenta. Yo pondría en primer plano la vitalidad, la espontaneidad, el sabor y atractivo de la vida, el hecho de que se trata de países divertidos –en una época en que el aburrimiento es una amenaza en gran parte del mundo, a pesar de la frecuente prosperidad–. Se puede añadir, y existe afinidad entre estos rasgos, que el mundo hispánico escapa al *prosaísmo* que invade gran parte del mundo; por el contrario, una dosis de *lirismo*, de ilusión y entusiasmo se encuentra en estos países, lo que explica la frecuente alegría que se puede encontrar incluso en aquellas porciones en que la vida es resueltamente difícil y sometida a estrecheces y privaciones.


Todavía habría que añadir una partida importante. Es sabido que Hispanoamérica representa el número mayor de cristianos –concretamente católicos– en el mundo. Pero una vez más no es cuestión de estadísticas. Estas reflejan cifras, en todo el mundo, que no tienen demasiado que ver con la realidad. El estado de la religión en los países hispánicos –incluidos España y Portugal– se aproxima más que en otros lugares a las adscripciones nominales. En los países ibéricos hay una religiosidad mayoritaria y sumamente viva, con diferencias entre los países, pero incomparable con otros lugares también de tradición cristiana. Y no se ha producido allí el fenómeno frecuente en Europa, la descristianización de los estratos menos favorecidos de la población; más bien al contrario: en muchos países, y notablemente en México, lo verdaderamente vivo es la religiosidad popular; en otros, como la Argentina o el Perú, hay mayor homogeneidad en la distribución del espíritu religioso.

**T**odos estos caracteres convergen en otro, que es la vigencia de ciertos principios de moral privada, que han impedido más que en otros lugares la crisis de la familia o el dominio de la droga. Se dirá, y esto es evidente, que esta constituye uno de los aspectos más inquietantes y lamentables de Hispanoamérica, que altera profundamente lo que este balance tiene de favorable. Pero hay que decir que se trata, en primer lugar, del cultivo, el tráfico y la exportación de la droga: su consumo prevalece en otras latitudes y longitudes.

Los problemas de la droga afectan muy desigualmente a los países americanos; en algunos apenas existen; en otros son la gran cuestión, la que pone en peligro su capacidad de salir adelante y obtura su horizonte.

*«No puede olvidarse la pobreza, palabra que se asocia automáticamente al nombre de Hispanoamérica, que en otro tiempo evocaba imágenes de riqueza, prosperidad, horizontes abiertos e ilimitados. No cabe duda de que la pobreza existe en la América de lengua española y portuguesa, y que es una causa de malestar, síntoma de injusticia y origen de perturbaciones.»*

*«No se ha producido allí el fenómeno frecuente en Europa, la descristianización de los estratos menos favorecidos de la población; más bien al contrario: en muchos países, y notablemente en México, lo verdaderamente vivo es la religiosidad popular; en otros, como la Argentina o el Perú, hay mayor homogeneidad en la distribución del espíritu religioso.»*



les vuelven sus ojos –y sus manos– hacia ellos como única posible solución a sus problemas. En América no parece dudoso que se han estado estimulando los principios que impiden –como hoy es evidente– la creación de riqueza, como medio seguro de perpetuar una pobreza que puede y debe ser superada y que mientras existe asegura la posibilidad de manipulación y ejercicio del poder.

**P**ero no son estos los únicos peligros. Otros son, al menos en apariencia, de muy distinto origen, cuando no opuesto. Uno de ellos es la erupción de nacionalismos –más falsos aún en un continente en que los países no son propiamente «naciones» con relaciones de extranjería, sino fracciones de una unidad superior y mucho más enérgica–, que impiden la cooperación eficaz y hasta engendran actitudes de hostilidad que pueden degenerar en conflictos. Cuando se piensa que ha sido «posible» –por fortuna nada más que eso– una guerra por cuestión de límites entre la Argentina y Chile, no se sabe qué pensar.

Añádase todavía el interés de los gobiernos –o de los partidos que los sostienen– de mantener un control particular de cada país para imponer en él una organización preferida y una administración sin restricciones.

**F**inalmente, entre los intelectuales y escritores inseguros de su valor, el espíritu de «cabeza de ratón» en virtud del cual prefieren espacios acotados dentro de los cuales no tengan que poner a prueba sus obras en el mundo real. Para poner un solo ejemplo, me producen a veces sonrojo las listas de candidatos al premio «Cervantes», el más alto de la lengua española: casi siempre figuran en ellas nombres que nunca se han oído, cuyas obras se desconocen y que, sin embargo, pretenden ser el más elevado exponente de esa literatura, y últimamente esto va sucediendo con algunos nombres españoles; todavía no se ha llegado al extremo de que el desconocimiento total pueda triunfar, pero no faltan síntomas que hacen sentir alguna inquietud.

**C**omo se ve, los riesgos que pueden poner en peligro la comunidad hispánica no son pocos; la acechan desde zonas muy diversas, por motivos muy diferentes, con propósitos que nada tienen que ver entre sí, pero que son convergentes. Ahora bien, el afianzamiento de esa comunidad es decisivo para su prosperidad y estabilidad a la vez, para que tenga un porvenir abierto. Si no me equivoco, en pocos años se va a decidir la dirección en que va a moverse el mundo hispánico: hacia la coherencia y la fecundidad o hacia la disgregación y el declive.

Si tomamos juntamente los países de lengua española y portuguesa, la comunidad hispánica o ibérica –ambos términos significan lo mismo– es de una magnitud impresionante. Más de quinientos millones de personas en una inmensa extensión desigualmente repartida, pues poco más de medio millón de kilómetros cuadrados corresponden a Europa, con

*«Quiero decir que la superación de la pobreza y la injusticia en los países hispánicos no se conseguirá más que con un incremento de la responsabilidad, sólo posible el día en que funcionen como un conjunto solidario.»*

Muy próximo a este peligro está el que entraña la muy frecuente corrupción política y administrativa, desigual también pero de suficiente volumen para que haya que tenerla en cuenta. Todas estas causas hacen más probable que en otros lugares la inestabilidad política, la probabilidad de la subversión o la opresión, los eclipses de la libertad.

**Y** por supuesto, no puede olvidarse la pobreza, palabra que se asocia automáticamente al nombre de Hispanoamérica, que en otro tiempo evocaba imágenes de riqueza, prosperidad, horizontes abiertos e ilimitados. No cabe duda de que la pobreza existe en la América de lengua española y portuguesa, y que es una causa de malestar,

síntoma de injusticia y origen de perturbaciones. Pero aparte de que intencionadamente se la exagera, con fines muy precisos, conviene preguntarse por sus causas.

**U**na de ellas es lo que se llama por antonomasia la «injusticia social», la desigualdad excesiva y evitable, el egoísmo de muchos que gozan de sus bienes sin restricción y sin disposición a compartirlos, ni siquiera a hacerlos multiplicarse y difundirse. Es casi la única causa de que se habla, y muchas veces lo que se propone para remediarla es un cambio político y social que serviría, como hoy resulta evidente, para perpetuarla e intensificarla.

Pero hay otras causas, entre ellas las técnicas, las que consisten en una deficiente gestión económica. A veces se debe a motivos políticos, como ocurre con la agricultura mexicana, cuyo desarrollo inteligente está perturbado por prejuicios adquiridos durante la revolución. En ocasiones algunos países se ven privados de recursos necesarios por insolidaridad de otros, o bien el nacionalismo lleva a intentar producir en condiciones desfavorables productos naturales o industriales que deberían limitarse a aquellas zonas en que las condiciones lo hacen posible y rentable. Finalmente, hay que contar con la incompetencia de algunos gobiernos que se embarcan en operaciones que prometen grandes beneficios inmediatos, sobre todo a los que tienen en sus manos la administración, pero que empobrecen a los países o los comprometen en deudas, voluntariamente contraídas, pero de las que se habla luego como si fuesen calamidades cósmicas, huracanes o terremotos.

**E**n países en que la presión social no es muy fuerte es posible la arbitrariedad, mientras que en sociedades compactas y organizadas nadie se puede permitir el capricho y hay que ajustarse a lo que las condiciones reales imponen. Por eso, el resto más importante que queda de lo que era el magnate económico irresponsable son los ministros de economía de los países totalitarios o que se aproximan a ellos.

Quiero decir que la superación de la pobreza y la injusticia en los países hispánicos no se conseguirá más que con un incremento de la responsabilidad, sólo posible el día en que funcionen como un conjunto solidario.